

La pureza del idioma

Tiene ya una considerable antigüedad, aunque no precisada, la pretensión humana de conservar la lengua propia o materna en estado de pureza, ideal que parece estar inspirado en un propósito ciertamente proteccionista.

El título de este ensayo, “La pureza del idioma”, se presenta con la figura de una locución escueta, del tipo que la gramática registra como “nominalizaciones de cualidad”¹ por la presencia de un sustantivo formado de un adjetivo, en el tema que tratamos, el sustantivo “pureza”, derivado del adjetivo “puro” que denota una cualidad o propiedad; en este caso la cualidad de libre o exento de toda mezcla. Esta locución nominativa de cualidad se estructura de la siguiente manera: Artículo determinante *la* + sustantivo + forma contractiva *del* + sustantivo del grupo nominal donde se destaca el sustantivo abstracto “pureza”, con idéntica configuración sintáctica de otras locuciones como *el encanto de la música* o *las bondades de la manzanilla*.

Se advierte asimismo la hechura de una locución proposicional-desiderativa, tanto porque nomina a un hecho objetivo cuya existencia se da por supuesta, cuanto porque contiene, implícita, una proposición e insinúa el deseo de conservar la lengua inmaculada, libre de influencias externas y dentro de los márgenes de una tradición cultural sacralizada, al modo de la tradición escolástica.

Sobre la pureza del español, el registro documental más antiguo parece ser la Real Cédula de 3 de octubre de 1714 expedida por Felipe V, cuya parte considerativa, a tiempo de mencionar el proceso de fundación de la Academia Española, expresa: “EL REY. Por quanto haviendo puesto el Marqués de Villéna en mi Real noticia, que diferentes Personas de calidad, y consumada erudición en todo género de letras, deseaban trabajar en común, á cultivár, y fijar las voces, y vocablos de la lengua Castellána, en la mayor propriedád, elegáncia y puréza (...) y establecer las Reglas y Constituciones que juzgallen más próprias, y convenientes, para lograr el fruto que se propóne, de poner la lengua en su mayór propriedád, y pureza...”² La Real Academia Española de la Lengua nace con una visión purista, y con el lema “LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR”, divisa bajo la cual se puso en ejecución una rígida política casticista, poco a poco flexibilizada durante los tres siglos de existencia de la docta corporación, al influjo de las nuevas corrientes lingüísticas y el rico repertorio léxico del castellano americano.

¹ ASALE/RAE. *Nueva gramática de la lengua española*, Ed. Espasa. Madrid, 2010, p. 225, 12.7.2g).

² Real Academia Española de la Lengua. *Anuario* 1992. Madrid, 1992, p. 13-14.

Dámaso Alonso y Ramón Menéndez Pidal postularon entre 1950 y 1960 una revisión de los conceptos purista y casticista³ del español prestando debida atención a las variadas formas dialectales tanto peninsulares como americanas. Sin embargo, las ideas renovadoras e innovadoras, tal vez inspiradas en el aserto horaciano “el uso es el árbitro, juez y ley del hablar”, datan de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XX impulsadas por la Academia de Letras de Sevilla (1798) y el académico Nicasio Álvarez Cienfuegos (1865) quien juzgaba necesario incorporar al castellano las voces traídas de otras naciones, y calificaba como “bárbaro” el que las lenguas pretendan bastarse a sí mismas, limitando su repertorio léxico. En efecto, el alegato de don Nicasio se sustenta y fortalece con la inevitable presencia, a veces abrumadora, de neologismos surgidos en la vertiginosa actividad diaria de los pueblos en constante trato con la ciencia, la tecnología, los deportes, la economía, la política, etc. Los neologismos oponen una poderosa resistencia y hacen fracasar cualquier intento purista.

La Academia Boliviana, como otras antes que ella, heredó el ideal de “pureza” del idioma y lo consagró en su acta de fundación (1927) en estos términos: “La Academia Boliviana de la Lengua Española tendrá por objeto fomentar el cultivo y el estudio de las letras, mantener la pureza del idioma, sin perjuicio de su normal desenvolvimiento.”⁴ La última frase alude tácitamente a la adopción de extranjerismos y a los efectos sobre el español hablado en Bolivia por el contacto con las lenguas vernáculas. Hoy (2012), la finalidad principal de la ABL es la de “trabajar a favor de la unidad, integridad, desarrollo y la evolución histórica de la lengua española”⁵, coincidente con la naturaleza y fines de la Asociación de Academias de la que es parte integrante la Real Española.

La *pureza del idioma* es, asimismo, un enunciado simple. El enunciado es una idea expresada por una o más palabras. Hay varios tipos de enunciados. El que nos ocupa es del tipo propositivo y desiderativo, con el mismo valor de “La preservación del medioambiente” o “El derecho marítimo de Bolivia”. Un mismo enunciado puede expresarse por medio de diferentes oraciones, para nuestro tema: “Idioma limpio”. “Idioma no contaminado”. Una misma oración puede servir para diferentes enunciados, según el contexto en que se la use, por ejemplo, “Derrota boliviana ante Chile”: 1. En la guerra del Pacífico. 2. En un campeonato de fútbol. 3. En un debate político ante la OEA sobre la demanda marítima.

Para abordar el tema de fondo es necesario preguntar: ¿Hay alguna lengua pura? ¿Qué se entiende por pureza del idioma? ¿Qué es la

³ Definición que da el DRAE; “...II 2. Actitud de quienes al hablar o escribir evitan los extranjerismos y prefieren el empleo de voces y giros de su propia lengua aunque estén desusados.

⁴ Academia Boliviana de la Lengua. *Anales No. 1*. La Paz, 1985, p. 13.

⁵ Academia Boliviana de la Lengua. *Anuario No. 26*. La Paz, 2012, p. 191.

contaminación lingüística? Tratemos de responder a estas cuestiones en el mismo orden en que ellas han sido planteadas:

¿Hay lenguas puras?

De entrada, se puede afirmar que no hay idiomas puros, no los hay al menos entre los más evolucionados y extendidos: chino mandarín, inglés, español, hindi-urdu, ruso, árabe, portugués, francés, italiano y alemán, que suman más de tres mil millones de hablantes, la mitad de la población mundial. En la otra mitad están las lenguas habladas por poblaciones de medio millón a diez millones de personas, entre ellas se contarían el quechua y el aimara, que tampoco son lenguas puras, sino lenguas francas, mutuamente influidas y ambas fuertemente castellanizadas. No excluyo la posibilidad de que en algunos lugares del planeta existan lenguas en un estado de conservación primaria, como congeladas, pero lo más probable es que tengan baja intensidad de contacto con otras lenguas.

Para que una lengua permanezca pura, la comunidad que la habla tendría que estar absolutamente aislada, sin vecindario próximo y accesible, es decir, sin la menor relación con otras comunidades lingüísticas. Puede que aún existan grupos humanos con estas características, pero no sabemos de su existencia; ergo, es como si no existieran mientras no se establezca algún contacto con ellos, por eso, parece legítimo sostener que detrás del enunciado “Lenguas puras” hay un mito y en su postulado una utopía. José Manuel Blecua, director de la Real Academia Española de la Lengua, declaró a una agencia de noticias en Madrid: “Las lenguas nunca permanecen puras porque siempre están en contacto. Lo de la pureza de la lengua es un tópico, una creencia piadosa; no hay lenguas puras”.⁶ Esta aseveración tiene rango de indiscutible, empero no impide que siga y sume el número de abanderados del purismo lingüístico, aun entre gente medianamente culta que, no sin razón, protesta airadamente contra el mal uso del idioma, contra la presencia de extranjerismos innecesarios, contra modas y vulgarismos que revelan pobreza, cuando no indigencia léxica y exhiben un registro lingüístico antiestético, casi siempre aparejado a grandes dificultades de comunicación verbal, y en no pocos casos también de comunicación escrita. Toda reacción contraria a los defectos y abusos del lenguaje tiene una encomiable función fiscalizadora; equivale a una atendida voz de alerta. Sin embargo, el punto focal de los llamados puristas: la pureza del lenguaje, es inalcanzable. Tomando a préstamo el criterio del desplazamiento semántico, podemos traducir “pureza del idioma” como *idioma sano o saludable*, tema que dejo para más adelante.

Pensar –y peor aún sostener– la existencia de lenguas puras es tan ilusorio como creer en la existencia de razas puras. Varios demagogos y

⁶ Blecua, J. M. Entrevista con Eduardo García, de El Faro de Vigo, España, 25/ 04/ 12).

pseudo pensadores proclamaron la supuesta superioridad de la estirpe aria o indoeuropea, aparejada a una también supuesta pureza lingüística. Incurrieron en esta falacia e impostura los francos, flamencos, germanos y vascos de los siglos XVIII y XIX, arrogándose la calidad de elegidos por Dios para usar y transmitir a la humanidad la lengua pura de los tiempos bíblicos. Los francos llegaron al extremo de creer que el latín era una forma derivada de la edénica lengua con que el Hacedor les dotara a Adán y Eva. Naturalmente, los francos de esta línea romántico-nacionalista sostenían que el francés era la lengua original y pura de la especie humana. Poco más adelante, los nazis alemanes reclamarían para sí el título de raza aria (pura) a tiempo de promover la restauración de las antiguas lenguas germánicas, de origen indoeuropeo, depurando de su evolución hacia el *Hochdeutsch* (Alto alemán), todo componente externo, especialmente de procedencia semítica; labor de dimensiones monstruosas e inútil, pero de alto rendimiento político para la propaganda hitleriana.

La España franquista (1936-1975) tuvo por ideario el exacerbado orgullo nacionalista, una de cuyas mayores expresiones fue la política de progresiva castellanización global de la población, inspirada en un casticismo o purismo a ultranza, llegando al extremo de minimizar y aun prohibir en el sistema educativo y en los medios de comunicación social el uso de lenguas como el catalán y el gallego

Lejos de las connotaciones racistas del nazismo y del nacionalismo franquista, así como cronológicamente distante de aquellos penosos episodios se halla la romántica proposición del polígrafo boliviano Emeterio Villamil de Rada, que irrumpe en el escenario de la lingüística en la segunda mitad del siglo XIX con efímero resplandor de fuego de bengala, con esta afirmación: “El aimara es la lengua de Adán y Eva”, acompañada de esta otra aseveración: “El Paraíso Terrenal estaba en Sorata”, aldea situada en un valle próximo al nevado Illampu. De la obra anunciada en cuatro tomos, solo se publicó el primero con el título *La lengua de Adán y el hombre de Tiaguanaco*,⁷ en la que Villamil de Rada ejercita su diletantismo y pseudo erudición filológica en estudios comparados de algunas lenguas antiguas; explora raíces sintácticas comunes y similitudes semánticas, con referencia a la lengua aimara. Villamil de Rada construye con esos recursos una llamativa y hasta subyugante proposición sobre el origen y la calidad de pureza de la lengua aimara. Saca sorprendentes conclusiones etimológicas basadas en similitudes fonéticas y morfológicas de voces aimaras con las de otras lenguas, por ejemplo, la palabra griega *πῆσις* (*physis*) derivaría del término aymara *phussuña*; las voces *lux* (latín), *luz* (español), *light* (inglés) y *Licht* (alemán) provienen del aimara *liqhis* (sebo para mechero). El autor afirma que el aimara es “El peculiar exponente hereditario de una primitiva aunque decaída raza, y la representa y exhibe hoy como

⁷ Se ha consultado *Lengua de Adán y el Hombre de Tiahuanaco*. Editorial Camarlinghi. La Paz, 1972 . Con el mismo título hay una edición de la Imprenta de “La Razón”. La Paz, 1988).

la más antigua y pura, y patriarcal en el globo”⁸. El trabajo anuncia y propone más de lo que puede demostrar, porque carece de método y sistematización para el estudio de los presuntos contactos (o derivados) lingüísticos del aimara considerado por el autor como la madre de todas las lenguas. No hay manera de comprobar que el aimara sea la lengua pura y madre de todas las lenguas. El origen bíblico de la humanidad (Adán y Eva) tiene un indudable valor místico-subjetivo, como capítulo de fe, pero ningún valor en el campo de la ciencia, donde rige el principio de demostración de la verdad por métodos e instrumentos heurísticos fundados en la objetividad; en suma, susceptible de verificación empírica cuantas veces sea sometida a prueba.

Para cerrar este punto, encuentro pertinente la siguiente cita: “Las lenguas puras no existen, como no existen las razas arias, por lo que podría decirse que todas las lenguas naturales de algún modo son acriolladas, sin que ello deba entenderse como tacha o demérito de los propios códigos lingüísticos ni de los pueblos que los utilizan”⁹.

El *pukina*, idioma prehispánico hoy extinto, se hablaba en la zona lacustre del Titicaca, compartida por Bolivia y Perú. No hay certeza de que hubiera sido una lengua pura, como sostienen algunos antropólogos. Se supone que era una lengua de uso exclusivo de la élite incásica gobernante y que el pueblo hablaba el *runasimi* hoy llamado quechua. Quedan algunos sustratos lingüísticos del *pukina* en el quechua de los *kallawayas*, médicos naturalistas del norte de La Paz.

¿Qué se entiende por pureza del idioma?

Inicialmente, el enunciado “pureza del idioma” porta la idea de un sistema lingüístico cerrado, exento de componentes ajenos a su propia naturaleza. Como todo sistema cerrado, sin intercambio alguno de información con otros sistemas similares o disímiles. La máxima aspiración de los puristas del idioma parece ser que la lengua se conserve y use indefinidamente solo en la forma culta que ellos aprendieron. Esto es utópico, pero lleva subyacente la idea de proteger al idioma de agentes perniciosos.

El diccionario dice, de manera escueta, que “purista” es quien *escribe o habla con pureza*. Más explicativo es el sentido de la 2ª. acepción: *Dicho de una persona: Que, al hablar o escribir, evita conscientemente los extranjerismos y neologismos que juzga innecesarios, o defiende esa actitud*. La palabra pureza tiene en el diccionario común el sentido de *cualidad de puro, y virginidad y doncellez*¹⁰. Esta terminología es incompatible con la realidad lingüística: no hay leguas puras, lo que no impide sostener y fortalecer la idea de controlar la contaminación de la lengua: Es utópico conservar una lengua pura, virgen, pero no lo es mantenerla en buen estado de

⁸ Villamil de Rada, Emeterio, ob. cit., p. 317

⁹ Moreno Fernández, Francisco. *Historia social de las lenguas de España*. Ed. Ariel, Madrid, 2005.

¹⁰ Diccionario de la Real Academia Española. 22ª. edición, Ed. Espasa. Madrid, 2010

salud, cosa distinta de la doncellez. La virginidad no es garantía de buena salud, una mujer puede ser virgen, pero padecer de enfermedades incurables.

En cuanto al idioma, parece más apropiado reemplazar el adjetivo “puristas” por el de “salubristas” para referirse a las personas que se desvelan por mantener a la lengua libre de peligrosos contaminadores. Recordemos, al respecto, que la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española diseñan y ejecutan políticas claras y perdurables con vistas al mantenimiento de la unidad del idioma dentro de la diversidad que lo caracteriza.

Hay otra pregunta inevitable: ¿Cuál es el momento en que una lengua se halla en estado de pureza? La respuesta inmediata sería: en el instante de su nacimiento que, por razones obvias, es imposible de conocer con precisión. En este punto requerimos la ayuda del concepto “conservación”. El propósito de conservar el castellano en estado de pureza nos obligaría a elegir uno de los varios registros históricos de esta lengua, ¿cuál? ¿El incipiente castellano de los versos de Berceo y del Cantar del Mio Cid? ¿El de las Glosas Silenses y Emilianes? ¿El castellano popular que llegó a América en 1492? ¿El castellano culto de Nebrija, Cervantes, Góngora, Lope de Vega y Quevedo? ¿El español peninsular actual o el español americano? Si eligiéramos el español americano, ¿cuál registro dialectal? ¿El rioplatense? ¿El mexicano? ¿El caribeño? ¿El andino? Si eligiéramos este último, ¿tomaríamos el ecuatoriano, peruano, boliviano o el del norte de Chile? Supongamos que el propósito conservacionista se limitara al español hablado en Bolivia, ¿cómo decidir entre las opciones que ofrecen los registros occidental-altiplánico: paceñismos, orureñismos y potosinismos, que tienen una fuerte influencia aimara y quechua; centro y sur-valluno: cochabambinismos y chuquisaqueñismos; sureño: tupiceñismos y tarijeñismos; nor-oriental y oriental: pandinismos, benianismos y cruceñismos, impregnados de voces guaraníes, de otras lenguas vernáculos y de brasileñismos? Ninguna de estas formas dialectales del español es pura.

Los dialectos son la prueba más convincente de que las lenguas no se mantienen puras. El vocablo *dialecto* procede del término latino *dialectus*, y este del grieg *διαλεκτος*: lenguaje particular de un país. Etimológicamente indica el hecho de hablar y el hecho de hacerlo de manera separada, en un determinado lugar. En rigor de verdad, las lenguas romances, llamadas así porque derivan del *romanice* o latín vulgar (diferente del *latine* o *gramatice*, lengua culta, de escritura literaria y escolástica) son dialectos debidos a la disgregación geográfica del latín vulgar vinculados con las lenguas autóctonas lusas, románicas, hispánicas, itálicas, galas y otras. Según la clasificación geográfico-lingüística elaborada por Tagliavini, los dialectos latinos (lenguas romances) son, del grupo Balcanorromance, el rumano; del Ítalorromance, el dalmático, el italiano, el sardo y el ladino (de estos, solo queda en vigencia el italiano; los otros están extinguidos o a punto

de desaparecer); del grupo Galorromance, el francés, el francoprovenzal, el provenzal, el gascón y el catalán; y del grupo Iberorromance, el español y el portugués¹¹.

De este sentido (ubicación geográfica) parte la definición de dialecto dada por Cayo Suetonio como “lenguaje particular de un país”, que señala la forma modificada de una lengua matriz. Según el maestro Manuel Alvar, la palabra *dialecto* alude a una de las posibles variedades de una lengua. De manera especial, se denomina dialecto a una variante geográfica de una lengua. “Más concretamente, un dialecto es un sistema de signos desgajado de una lengua común, viva o desaparecida, normalmente, con una concreta limitación geográfica, pero sin una fuerte diferenciación frente a otros de origen común”.¹²

Ahora bien, sigamos con el juego propuesto: elijamos una pequeña ciudad, por ejemplo Sucre, para conservar en ella la forma culta del español estándar actual, en los términos sistematizados por el DRAE (2001), la *Nueva gramática* (2010) y la *Ortografía* (2011).

¿Qué tendríamos que hacer? En primer lugar, aislar a la ciudad de Sucre, construyendo a su alrededor una alta y gruesa muralla impenetrable, esto implica suprimir todo medio de vinculación aérea y terrestre, prohibir la recepción de mensajes por radio, televisión, la Internet y otros medios, a fin de evitar el mínimo contacto con otras lenguas y otras formas dialectales del español (los bolivianismos y los americanismos). ¿Cuánto tiempo podría subsistir una población como la sucrense bajo este temerario ensayo en procura de conservar la pureza del idioma? Probablemente lo que tarda en perecer un individuo totalmente aislado de su entorno, es decir, muy pocos días.

Las poblaciones aisladas de manera natural por insalvables obstáculos geográficos o por decisión autónoma de sus habitantes han ido y van irremediabilmente hacia su extinción demográfica, y con ella hacia su extinción lingüística. De las 15000 lenguas habladas en el planeta durante el siglo XIV, permanecen ahora entre 4000 y 7000. Los demógrafos españoles especializados en lingüística universal predicen que a fines del corriente siglo XXI no habrá más de 2000 a 3000 lenguas, y de ellas sólo quedarán 100 para el siglo XXIII. Varias son las posibles causas de esta mortandad: geográficas, meteorológicas, políticas, sociales, económicas, culturales, tecnológicas, renuncia voluntaria al uso de la lengua autóctona y adopción de otra u otras.

No hay y no puede haber un castellano puro, en ninguna parte, así lo evidencian los hechos lingüísticos cotidianos. Sin embargo, el libérrimo y caprichoso uso del lenguaje es un extremo peligroso porque

¹¹ Tagliavini, Carlo. *Orígenes de las lenguas neolatinas*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1973; p. 478.

¹² Alvar López, Manuel. *¿Qué es un dialecto? Manual de dialectología hispánica: el español de América*. Ed. Ariel, Madrid, 1996.

puede erosionar los cimientos de la lengua y porque obstruye la fluidez del mensaje e impide su comprensión, en cada acto comunicacional.

Carlos Medinaceli¹³ expuso, hace poco más de setenta años, una interesante visión sobre el uso correcto del idioma y la utopía del purismo, inclinando, empero, la balanza a favor de un lenguaje propio, representativo del carácter nacional: “Si queremos ser nación, lo primero es que vayamos aprendiendo a pensar –y expresarnos en conformidad al genio nacional. Al alma de la raza. Al espíritu territorial”. El llamado “genio nacional” a que alude Medinaceli no está reñido con el uso apropiado del lenguaje universal en pro de una buena comunicación interpersonal y de la integración en el ámbito hispanoamericano. Al fin y al cabo, las características nacionales y regionales son solo matices, no matrices para un idioma universalmente consolidado como lo es el español.

Una lengua que está en permanente proceso evolutivo nunca podrá conservarse pura porque es un sistema abierto y dinámico, en tal calidad recibe y transmite información de y hacia su entorno, sin solución de continuidad. Está en constante contacto con otras lenguas, porque el usuario de una lengua es viajero y trashumante, y si no lo es, si nunca sale de su suelo natal, es receptor de una multitud de mensajes de todo tipo por los medios de comunicación, educación, instrucción y entretenimiento: libro, revista, aula, cine, telefonía tradicional y celular; radio, televisión, video, Internet, espectáculos en vivo, conciertos, festivales, etc.

Contaminación y salud

Si entendemos por contaminación la introducción de cualquier sustancia o forma de energía en un sistema, capaz de causarle daño, las lenguas se contaminan como se contaminan el agua, el aire, la tierra y el medioambiente social con la presencia de cualquier agente (físico, químico, biológico o psicosocial, como la delincuencia).

Son agentes contaminadores de la lengua el reduccionismo lingüístico con la inserción de usos semánticos arbitrarios que consiste en darles a algunos vocablos los significados de otros, suprimiendo del repertorio léxico una buena cantidad de sustantivos, verbos y adjetivos. Contaminan la lengua las adopciones innecesarias de voces y formas sintácticas de otros idiomas favoreciendo el proceso de extranjerización en desmedro de la riqueza y belleza de la lengua propia. Los más devotos de la pureza de la lengua postulan prescindir de las expresiones malsonantes (vocabulario soez e indecoroso), de la avalancha de vulgarismos, que consideran ingredientes léxicos incorrectos y contrarios a la expresión de forma y contenido ético y estético, amén de nocivos a la formación educativa de los niños y los jóvenes.

¹³ Medinaceli, Carlos. Hablar regional. Reeditado por la revista Lexi-Lexa No. 7. La Paz, Bolivia, 2008/2009, pp. 134-143.

Pero también el habla, en el sentido saussureano de la palabra, tiene en un mismo tiempo y espacio diversos registros, a partir de dos grandes: el culto y el popular, y registros seccionales como los lenguajes técnicos y científicos; el lenguaje filosófico, el literario, los usos profesionales, las jergas juveniles y de los diversos oficios; el lenguaje protocolar en las relaciones personales y los códigos diplomáticos; el lenguaje coloquial, los lenguajes de los deportes (el más usual, el del fútbol); el código de los delincuentes (el coba), las modas lingüísticas y otros. Son construcciones de tipo sociolectal elaboradas en espacios de interacción cotidiana de los seres humanos, con el propósito utilitario de lograr una comunicación más llana y fluida. El idioma es un edificio en permanente e inacabable construcción donde el uso consagra la norma bajo ciertas condiciones que no afecten su propia naturaleza.

Esta puede ser la regla de oro para una eficaz interacción humana:

***Usar cada registro lingüístico en el
lugar y en el momento adecuados***

En un laboratorio químico, el jefe le dirá al ayudante: “Pásame el cloruro de sodio”; el mismo personaje, a la hora de la cena, le dirá a su esposa: “Pásame la sal”. El lenguaje coloquial es un buen ejemplo para demostrar la naturalidad de las comunicaciones por medio de la palabra.

Sucede que mucha gente cree que el verdadero idioma es el idioma culto, y que lo popular es una deformación desdeñable. Se llega al extremo de creer que hablar en forma figurada es vulgarizar el idioma. He aquí un ejemplo: Un ciudadano, al demandar de la policía mayor responsabilidad en el control de las carreteras para evitar accidentes fatales, decía: “Pido a las autoridades policiales que de una vez por todas *se pongan las pilas*, como se dice vulgarmente”.¹⁴

Con frecuencia, la gente pregunta dónde se habla mejor el español. Si el consultado responde: “Ustedes, en este país”, los hablantes se sentirán halagados envueltos en un aire de falsa superioridad. Una persona medianamente informada en cuestiones del lenguaje jamás haría esa pregunta. Un lingüista respondería apropiadamente: “Habla mejor el que se comunica mejor con sus semejantes, en cada contexto con un registro diferente”. A mayor precisión, digamos que el profesor de filosofía dará sus lecciones en lenguaje filosófico; si escribe un cuento o un ensayo, lo hará en forma literaria; en casa, conversará de manera coloquial, y con una persona que apenas chapucea la lengua, usará un vocabulario básico y construcciones sintácticas elementales, todo con el propósito de lograr una comunicación eficaz que consiste en bien entender y ser bien entendido. Hablar bien es comunicarse bien, para ello es menester que el hablante posea un adecuado nivel de dominio del idioma y sepa utilizar la palabra en el sentido adecuado a

¹⁴ Programa *Voz popular*, de Radio Panamericana. La Paz, 8/06/12).

cada situación comunicacional. Sin duda, hablará mejor quien tenga un amplio repertorio léxico y posea un alto nivel educativo, pero entre esto y el purismo del idioma hay una enorme distancia. Una breve referencia al respecto: Hasta bien entrado el siglo XX, predominó un criterio casticista (purista) en la elaboración de los diccionarios de la lengua española, con evidente supremacía del léxico peninsular sobre el americano.

El profesor Günther Haensch, de la Universidad de Augsburgo¹⁵, criticaba así esa tendencia lexicográfica con referencia explícita al Diccionario de 1976: “La selección de las unidades léxicas para los diccionarios del español de América se hizo, en parte, con criterios muy restrictivos: un excesivo purismo lingüístico que impide que se registren palabras muy usuales hoy en día por considerarlas barbarismos o extranjerismos y una excesiva pudibundez que hace que muchas palabras *tabuizadas*, muy usuales y que representan incluso un peligro para el usuario, no se tengan en cuenta”.

La mentalidad casticista cambió radicalmente en el último decenio del siglo XX y comienzos del XXI, al influjo de la política lingüística panhispánica de la Real Academia Española y de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Veamos los datos comparativos que ilustran el cambio: La XXI edición del DRAE (1992), registra 10908 vocablos americanos, de ellos 300 bolivianismos. La XXII edición del mismo corpus (2001) inserta 26 299 vocablos americanos, de ellos 977 bolivianismos.

Nada anula la obligación de evitar la contaminación del idioma. Pero, no hay que confundir la contaminación con las adopciones e intercambios lingüísticos necesarios en la evolución de la lengua. La contaminación es nociva, dañina, mortal; los préstamos y adopciones, bien regulados por la necesidad de preservar el espíritu o “genio del idioma”, como decía Andrés Bello, son componentes nutritivos, necesarios para fortalecer a la lengua y garantizarle buena salud.

Mario Vargas Llosa, después de recibir en Madrid el premio “Don Quijote” de manos del rey Juan Carlos I, declaró respecto al futuro de la lengua española: “Es una lengua que mantiene una gran vitalidad y que está en expansión. Al mismo tiempo se contamina, sí. Eso en principio no es malo. Creo que la contaminación es saludable si se hace dentro del genio del idioma. El español ha evolucionado muchísimo y se ha enriquecido gracias al contacto con otras lenguas”.¹⁶ En efecto, la influencia mutua de las lenguas es constante, es a menudo una vertiginosa actividad de préstamos léxicos. El afamado Premio Nobel de Literatura incurre, empero, en un *lapsus linguae* al decir que “la

¹⁵ Haensch, Günther, “Algunas consideraciones sobre la problemática de los diccionarios del español de América”. En *Lingüística Española Actual*, II, 2 (1980), 375-384..

¹⁶ Vargas Llosa, Mario. Entrevista periodística con Javier Rodríguez Marcos, Madrid, 16/04/10.

contaminación es saludable”. Tal vez quiso decir que la incorporación al español de neologismos propios y ajenos “es saludable, si se hace dentro del genio del idioma”.

Cuando afirmamos que hay adopciones contaminantes y por ello indeseables, nos referimos a la multitud de extranjerismos como *sponsor* en vez de patrocinador o *carpeta* en lugar de alfombra; *decolaje* por despegue o *salvataje* por salvamento. Pero hay y habrá adopciones indispensables como las procedentes de las lenguas americanas autóctonas: *canoa*, *papa*, *cacahuate*, *tauca*, o inglesas y francesas como *fútbol*, *bestseller*, *chofer*, *garaje*, etc., incorporadas ya al español estándar.

La buena salud del español está garantizada en tanto exista un registro estándar bien administrado por el *Diccionario de la lengua*, la *Nueva gramática* aprobada hace dos años, y la nueva versión de la *Ortografía*: clara, científica, técnicamente elaborada. No hay motivo de preocupación ya que el 80 por ciento de las voces de uso cotidiano (*casa*, *mesa*, *agua*, *libro*, *árbol*) corresponden al léxico común de los hispanohablantes y sólo el 20 por ciento restante a otros registros, incluyendo las modas pasajeras y acortamientos que hacen los usuarios de medios electrónicos, con fines prácticos, fenómeno estudiado por la académica boliviana Gladys Dávalos. Esos códigos están preñados de neologismos que –como dice la investigadora– es necesario sistematizar, además de fórmulas arbitrarias encarecidas de signos extralingüísticos pero que no afectan mayormente al idioma por su absoluta falta de correspondencia y afinidad con las estructuras sintácticas y fonéticas. Se trata de registros informales utilizados desde hace ya más de dos décadas, principalmente por adolescentes y jóvenes que “chatean” por la Internet, o intercambian mensajes de texto por sus teléfonos celulares, sin consecuencias dignas de atención, al menos hasta ahora, sobre la salud del idioma.

Lenguas vivas y lenguas muertas

Por último, parece conveniente una breve referencia a las llamadas lenguas vivas y lenguas muertas. Es lengua viva la que tiene un determinado número de hablantes, cuanto mayor sea ese número, más viva y viable será esa lengua. Por lo contrario, se dice que una lengua muerta es aquella que ya no tiene quien la hable, una lengua extinguida por las diversas causas ya indicadas.

En no pocas y prestigiosas obras de filología, se afirma que el griego y el latín clásicos, junto al sánscrito, el etrusco, el arameo y el hitita son lenguas muertas. Veamos:

El griego antiguo es una forma literaria estándar que pervive en los textos clásicos a los que se puede acudir en cualquier momento; por lo tanto, no es una lengua extinguida ni mucho menos, sino un código

literario vigente, fuente de aprendizaje y consulta permanente de la filosofía y las ciencias. Lo mismo puede decirse del latín clásico y de otras lenguas. Es distinto el caso de los idiomas antiguos que, pese a haber desarrollado alguna forma de escritura, no alcanzaron una dimensión literaria como la del latín y el griego, por ejemplo el idioma *tocario*, de la provincia china de Xinjiang, que se ha perdido a causa del aislamiento geográfico y social de sus hablantes. Más diferente aún es el caso de lenguas ágrafas de los grupos lingüísticos caribe, mapuche, andino o arawak extinguidas o en vías de extinción tanto por falta de hablantes como por la falta de desarrollo literario. Puede hablarse aquí de lenguas exitosas y frustradas. Las primeras, entre las que se halla el español, deben su éxito al desarrollo de una literatura propia: las segundas, no alcanzaron ese tipo de desarrollo.

Merece especial atención el caso de algunos idiomas que han desaparecido durante los últimos tres siglos, sin dejar rastros que permitan su reconstrucción, entre ellos el *córnico* o *cornuallés*, una lengua celta hablada en el condado del mismo nombre, en Inglaterra, y del idioma *ubijé*, (del pueblo *ubijo* o *ubikie*), una de las lenguas caucásicas, cuyo último hablante, llamado Tevfik Esenç, murió en 1992, exiliado en Turquía, según informa, entre otros, el lingüista y antropólogo alemán Martin Haspelmath, de la Universidad Libre de Berlín en un artículo de homenaje póstumo difundido por internet (<http://www.circassianworld>).